

TESTIGOS EN LA ESCUELA

11

EL EDUCADOR AGUSTINIANO

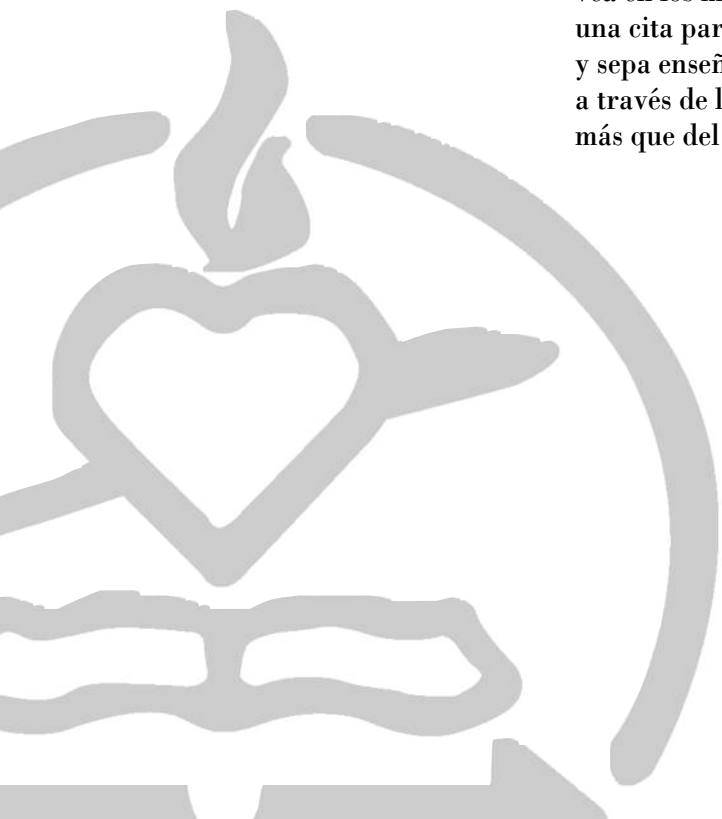
Isaías Díez del Río, OSA



Publica:**FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA****Coordinan:****María Paz MARTÍN DE LA MATA
Santiago M. INSUNZA SECO****Colabora:****Comisión de educación FAE****Imprime:****Grafinat, S.A.
Argos, 8
28037 Madrid****ISBN (Obra completa): 84-932490-0-9****ISBN: 84-96029-06-9****Depósito Legal (Obra completa): M-26.388-2002****Depósito Legal: M-48.021-2002**

ORACIÓN DEL EDUCADOR AGUSTINIANO

Enséñame, Señor, lo que tengo que enseñar,
y enséñame, sobre todo,
lo que tengo que aprender.
Para que también yo
continúe considerándome alumno
en la escuela donde Tú
eres el único maestro
que enseñas desde dentro.
Aumenta mi hambre de verdad
para que no descanse
sobre conquistas fáciles,
sino que convierta la vida entera
en una búsqueda incesante.
Que sepa amar sin condiciones,
como amas Tú,
vea en los más débiles
una cita para la entrega gratuita
y sepa enseñar siempre con alegría
a través de los gestos,
más que del discurso de las palabras.



EL año 1994, la FEDERACIÓN AGUSTINIANA ESPAÑOLA celebró, en Madrid, un encuentro bajo el título AULA AGUSTINIANA DE EDUCACIÓN. Aquella feliz iniciativa –ya en su novena edición– ha contribuido a definir las líneas maestras de la pedagogía agustiniana y a crear un foro de reflexión sobre los temas más vivos de la educación contemporánea. Las ponencias de esas jornadas se han venido publicando, año tras año, y constituyen una bibliografía valorada en el mundo agustiniano de habla hispana.

Con el programa «TESTIGOS EN LA ESCUELA», la FAE quiere, ahora, poner en manos de todos los educadores unos cuadernos monográficos que vayan desgranando los matices diferenciales de una propuesta educativa con sello agustiniano. El manantial de intuiciones que brota del pensamiento de san Agustín no queda aquí agotado, a lo más sugerido.

Los Equipos Directivos de los distintos Colegios instrumentarán la metodología y el calendario más adecuados para ese necesario tránsito de la lectura personal a la reflexión compartida.

La sociedad, particularmente la escuela, necesita *testigos*. Hombres y mujeres que confiesen abiertamente las razones que sostienen su vida y den razón de su esperanza. No hay que *imponer* nada, pero hay que ser capaces de *proponer*. La verdad de la vida cotidiana es el mensaje más transparente. Aunque haya interferencias.

El educador agustiniano

ISAÍAS DÍEZ DEL RÍO, OSA

HABLAR del *educador agustiniano* obliga, necesariamente, a subrayar y reiterar aspectos e ideas que aparecen en otros textos del temario «TESTIGOS EN LA ESCUELA». Es comprensible, porque se intenta presentar el perfil o los rasgos específicos del hombre o la mujer que hacen posible la propuesta agustiniana en el marco de la educación. Estamos, pues, ante un tema-síntesis que nos permite apreciar, panorámicamente, lo que llamamos el estilo educativo agustiniano. Tarea no fácil porque supone tanto como traducir al

lenguaje de las actitudes, un espíritu, un talante.

La educación siempre ha sido, y continua siéndolo, un proceso de relación humana. Un proceso en el que, por principio, el profesor es el guía y el alumno el sujeto activo. La relación que entre uno y otro se establece es de tal naturaleza y profundidad, que ambas partes salen mutuamente enriquecidas, haciendo realidad aquel antiguo principio de «*docendo discitur*» (enseñando aprendo).

En todo proceso educativo, pues, hay dos protagonistas principales: el *maestro/educador* y el *discípulo/educando*. Pasamos por alto aquí la circunstancia, no por olvido, ni por considerarla carente de importancia, sino por caer el asunto fuera de esta reflexión. En el sistema educativo agustiniano a los dos protagonistas mencionados, se les añade un tercer agente: *el*

Maestro por antonomasia, Cristo. La introducción de este tercer personaje en el escenario educativo agustiniano, cambia un poco el paisaje educativo conocido.

Para poder comprender el pensamiento agustiniano sobre la educación nunca hay que perder de vista el hecho de que Agustín no quiso elaborar un sistema educativo para enseñar ciencia, sino para formar hombres cristianos. Con esto ya se indica que el pensamiento pedagógico agustiniano tiene por principio y meta la formación de la persona en cuanto a su ser, no la instrucción o información de la persona en cuanto a su posible **conocer y tener**. Porque, lo que realmente le importa a san Agustín, es lo que el hombre es, no lo que el hombre tiene (*Sermón 23, 3*). Agustín, en realidad, centra y reduce su pedagogía a una pedagogía de la fe. Por eso, esta doctrina pedagógica es de plena, directa y cabal aplicación para la educación y el educador en la fe. Sin embargo, dentro de este «reduccionismo» pedagógico, en el pensamiento agustiniano se formulan pautas de acción y, sobre todo, se establecen actitudes educadoras, que son aplicables en toda clase de educación, pues son actitudes que debe mantener siempre el educador

frente al educando, si realmente quiere que su labor educadora sea receptiva y eficaz.

Agustín parte del principio de que el hombre –como criatura de Dios–, sólo tiene un destino adecuado: su mismo Creador, pues «nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti» (*Confesiones 1,1,1*).

Si Dios es la meta ineludible, la educación debe ser también un camino –uno de tantos– para ayudar al hombre a lograr el fin a que ha sido destinado. El proceso educativo, en consecuencia, no puede ni debe ser otra cosa que un camino de perfección y salvación cristiana.

EL EDUCADOR, MINISTRO DEL MAESTRO

Según la teoría educativa de Agustín, el maestro/educador humano es siempre un ministro, un servidor, del único y verdadero Maestro: Cristo-Dios. Ya lo había dicho el evangelista Mateo: «*No llaméis a nadie maestro, porque uno es vuestro maestro: Cristo*» (*Mateo 23,10*). Sólo él es el Maestro, pues sólo Cristo es el «Camino, la Verdad y la Vida» (*Juan 14,6*). Si «hay un

solo Maestro, cuya escuela está en la tierra y cuya cátedra está en el cielo», la primera convicción de la que debe tomar conciencia el educador cristiano agustiniano, es la de que él no es «un maestro, sino un ministro» (*Sermón 292,1,1*), un servidor, un mediador, un administrador o delegado del verdadero Maestro. Según esta teoría agustiniana, «quien nos enseña es la Verdad de Dios, que habita en el hombre interior» (*El maestro 11,3*). La encarnación de la Verdad de Dios es Cristo. De ahí que Cristo sea, según el pensamiento de Agustín, el auténtico Maestro y, al mismo tiempo, el único modelo de educación. Esta figura del «*maestro interior*» es clave en el pensamiento de Agustín para comprender todo lo relacionado con la problemática de la fe desde la perspectiva de la educación.

De esta y otras teorías afines fácilmente se trasluce que el pensamiento pedagógico de Agustín se refería expresamente a la transmisión y educación en la fe. Esto, sin embargo, no es óbice para que, de estos principios y de otros muchos que se encuentran en su vasta obra literaria, no pueda extraerse –y sus seguidores de vida con el tiempo formular– una

doctrina sistemática sobre la educación en general. Como, de hecho, así ha sucedido.

«Cuando un profesor vive su diaria tarea no como un saber que le crea un poder, sino como una capacidad que le obliga a un servicio, entonces lo que transmite a sus alumnos, sin intentarlo directamente, es una manera de ser hombre en el mundo, aquella forma radical de estar asentado en la vida por la que la propia existencia, el prójimo, los quehaceres y posesiones y todo lo real toma un sentido y se lee en una dirección»

(O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, «Carta a un profesor amigo», en *El religioso educador hoy. Identidad y misión*, FERE, Madrid 1980, p. 255).

FUNCIÓN DEL EDUCADOR HUMANO EN LA EDUCACIÓN

Si el educador humano es un intermediario, ¿cuál es su función? El educador agustiniano parte de que todo ser humano lleva en su interior un número casi ilimitado de potencialidades de orden cognitivo, discursivo, ético, religioso, de

relación, de inserción social... Estos «gérmenes de inteligencia y sabiduría, que Dios sembró en toda alma» (*Sermón* 21, 2), entre los que se halla la «*imagen de Dios*», para que puedan pasar de potencialidades a realidades, precisan de la ayuda del maestro/educador humano. La labor y función, por tanto, del educador agustiniano, como lo denota su misma semántica, es ayudar a sacar (*e-ducere*) de forma gradual (*Soliloquios* 1.23), esas potencialidades ocultas a la luz y actualidad del día. Decimos ayudar, porque el sujeto y principal agente/constructor del aprendizaje significativo, quien realmente saca/extrae esas capacidades es el propio alumno a la luz y por la luz del propio maestro interior (*El maestro* 11,38; *Sermón* 134,1,1). Como en Sócrates, la tarea del educador agustiniano es la de la comadrona: prestar ayuda, abriendo puertas y ventanas del alumno (*Comentarios a los Salmos* 118,18,4), para que éste, a la luz y escucha de ese su maestro interior, alumbre el conocimiento que le es propio e innato. Este pensamiento, que recorre toda su obra, pues es la conocida teoría de la interioridad, le llevará a formular el imperativo: «No salgas fuera; vuelve a ti mismo; en el hombre interior habita la

verdad» (*La verdadera religión* 39,7).

Aunque, evidentemente, estos pensamientos se refieran directamente a la educación religiosa y moral, de ellos se desprende que en cualquier enseñanza la educación está por encima de la mera instrucción o formación. Es cierto que la pedagogía no puede tratar de la educación o enseñanza, por parte del maestro, sin considerar, al mismo tiempo, el aprender por parte del alumno. Pero la educación se eleva por encima de la mera enseñanza o formación, en cuanto que aquélla se propone, no un resultado mecánico y automático –como suele acontecer en éstas–, sino un requerimiento de las fuerzas interiores del alumno para alumbrar mancomunadamente el conocimiento. Es lo que hoy se conoce como aprendizaje por descubrimiento, no por recepción.

Esta llamada a la interioridad para la adquisición del conocimiento, está hoy muy de moda, por ser un referente fundamental en la nueva sensibilidad espiritual de la *New Age*. Hay que advertir, sin embargo, que el camino escogido y practicado por esta corriente espiritual para la consecución del conocimiento salvífico, es radicalmente distinto del camino escogido y practicado por Agustín y el cristianismo.

EL EDUCADOR, VOZ DE LA PALABRA

Toda acción del educador debe partir de la idea y conciencia de ser un ministro/servidor del verdadero Maestro. Esta conciencia le llevará a asumir que en tanto podrá llevar dignamente el calificativo de maestro, en cuanto y en el grado en que participa de la Verdad y del Bien del Maestro, a quien representa. La conciencia y asunción de esta representación debe impulsarle, como dijo el Concilio Vaticano II, a «*dar testimonio de Cristo como Maestro*» (*Gravissimum educationis momentum*, 8), mediante una profunda competencia en el conocimiento de la Verdad y una manifiesta ejemplaridad de conducta en su seguimiento, ya que, «como ministro de la Palabra, debe ser la voz de la Palabra» (*Sermón* 288, 5).

¡Competencia y ejemplaridad! Por la competencia, el educador acerca la Verdad al educando; por la ejemplaridad, arrastra al educando a la Verdad. La acción magistral debe basarse en una función «de estímulo, de provocación, de arrastre» (*El maestro* 14,46). Siempre y en cualquier circunstancia «la buena conducta de quien ejerce la autoridad es la mejor y más eficaz confirmación de las verdades

que enseña» (*El orden* 2,9,27).

Porque, de hecho, «quíéranlo o no, los maestros se ofrecen en imitación a sus alumnos» (*La música* 1,6). El ejemplo es siempre más elocuente que la palabra. Para una recta educación, de poco o nada sirve que el educador imparta mucha ciencia, si luego su vida no es coherente con lo que enseña. «De nada sirve «saber» la verdad –escribe san Agustín– si al mismo tiempo no «se hace» con la vida» (*Comentarios a los Salmos* 57, 23).

EL EDUCADOR, APRENDIZ DE LA VERDAD

Si el maestro humano es un ministro y servidor del Maestro divino, quiere esto decir que también él es discípulo del Maestro y, por tanto, condiscípulo de sus propios educandos en la conquista y el aprendizaje de la Verdad, ya que unos y otros «tenemos un solo maestro, y, bajo Él, somos todos condiscípulos» (*Sermón* 134,1; *Sermón* 242,1; *Sermón* 292,1,1). En Agustín se hace lema el conocido principio de «enseñar aprendiendo» (*Carta* 166,1; *La dimensión del alma* 33), hasta el punto de que «en

tanto soy un buen maestro, en cuando sigo siendo un alumno» (*Sermón 244,2*). Es decir, el maestro humano conjuga las funciones de enseñar –como maestro– y de aprender como discípulo/condiscípulo.

Si es consciente de su responsabilidad, debe dar por sentado que para poder enseñar con dignidad tiene que estar al día en sus enseñanzas. Esto le llevará a mantenerse en una búsqueda constante de la Verdad, pues así como «la obligación de enseñar es consecuencia del amor a los demás, la obligación de seguir aprendiendo cada día es consecuencia del amor a la verdad» (*La doctrina cristiana 4,3,5*). Por eso, su actitud intelectual debe estar regida por el principio, también agustiniano, de «buscar como buscan los que han de encontrar. Y encontrar como encuentran los que han de seguir buscando. Porque se ha dicho que el hombre que llega el final, no hace más que empezar» (*La Trinidad 9,1,1*). En definitiva, debe vivir en estado de formación permanente.

El único camino para poder aprender, es partir del

convencimiento de que no se sabe toda la verdad. Cuanto más consciente sea uno de la enorme distancia que le separa de la Verdad, tanto más cerca estará de aquella percepción de Sócrates que le llevó a exclamar «*sólo sé que no sé nada*», signo evidente de que sabía mucho. Y es que la Verdad es un paisaje inmenso y lejano que, por más que avancemos hacia ella, nunca llegamos a rozar el margen de su realidad. De ahí el aviso y consejo de Agustín de «que nadie presuma de haber hallado la verdad» (*Réplica a la carta de Manés llamada «del Fundamento» 3,4*). Todo a lo más que podemos llegar es a pellizcar diminutos fragmentos de verdad. En esta realidad se apoya Agustín para poder afirmar que «la verdad es patrimonio de todos y de ninguno en particular» (*Comentarios a los Salmos 75,17; 103,2; Confesiones 12,25*).

De todo esto se desprende que no hay nada más ajeno y contrario al pensamiento liberal agustiniano, que un pensamiento dogmático y una actitud integrista. Estas posiciones ideológicas y sentimentales, son la expresión del maniqueísmo de nuestros días. De ahí, que, como san Agustín lo hizo en su tiempo, también en el nuestro sea preciso denunciarlo y combatirlo. Porque, quienes se

consideran en posesión de la verdad, son cristianos exclusivos, legalistas, carentes de amor y juzgadores, y en consecuencia manifiestamente anticristianos. Estas personas siempre parecen saber «*lo que Dios piensa*», «*lo que Dios quiere*» y, ante todo, «*lo que Dios odia*» (D. SPOTO). ¿Cómo descubrirlos? El perfil de este tipo humano nos lo ofrece ROBERTO ALCOVER en su obra *Invitación a la sospecha*, bajo los siguientes rasgos:

**«Cuando veáis un tipo absolutamente seguro de sí mismo,
y cuando distinguáis a alguien incapaz de dudar de sus verdades,
y cuando descubráis a quién es imposible
hacer ceder en algo,
y cuando sepáis que con éste o aquél es imposible dialogar,
pero, sobre todo, cuando comprobéis que el tipo impone sus tesis hasta arrasar a los demás,
y lo hace con segura satisfacción, tal vez en nombre de Dios,
entonces es que os habéis dado de bruces**

**con un dogmático.
El dogmático cree que posee la verdad en su estado puro,
que los demás deben postrarse ante tamaña situación,
y que quien no se postre, con reverencia, es su enemigo:
A quien habrá que dominar, encauzar y, tal vez, destruir.
porque mantener la pureza de la verdad es más importante que la vida y la muerte de la gente».**

(*Invitación a la sospecha*, Ed. PPC, Madrid 1998, p. 105)

EL EDUCADOR, AMIGO Y COMPAÑERO DE BÚSQUEDA

El maestro humano, en cuanto educador, debe «facilitar el paso de la luz de la verdad, para que la propia verdad sea descubierta por el alumno e ilumine el alma del alumno» (*Comentarios a los Salmos* 118,18,4). La manera de llevar esta labor a cabo es «abriendo sus puertas y ventanas», de forma que éste, a la «luz de su maestro interior» (*El maestro* 11, 38; *Sermón* 134,1,1),

descubra y aflore sus propias capacidades, su propia verdad.

El maestro humano, como discípulo de la Verdad, debe sentirse y actuar como «amigo y compañero de camino y de búsqueda» (*Sermón* 292,1; *El maestro* 11,38; *La Catequesis a principiantes* 10,14; 12,17) de la Verdad con cada uno de sus educandos o interlocutores.

En este sentido, el educador debe estar siempre *al lado* –no *sobre* ni *debajo*– del educando, apoyándole como compañero y amigo en su formación. Bien entendido que esta actitud no conlleva el tener que abdicar nunca de su condición, aunque sea por delegación, de maestro, esto es, de persona sobresaliente en autoridad de servicio y en competencia de saberes. Facultades ambas –autoridad y saber– que deben tener por referente y objetivo únicos la atención y educación del alumno.

En esta escuela la relación educativa entre alumno y maestro es una relación paritaria en cuanto a categoría o dignidad, aunque es diferente por lo que respecta a las competencias y a los roles o funciones. En cuanto a la categoría, todos son hermanos, discípulos de

un mismo maestro, Cristo, e hijos de un mismo Padre, Dios (*Mateo* 23, 8-10). En cuanto a la función, unos son educadores/maestros, y otros educandos/discípulos.

Esta actitud, por supuesto, es imposible esperarla del educador dogmático. Los dogmáticos son incapaces de sentirse compañeros y amigos de búsqueda con nadie, por la sencilla razón de que no tienen nada que buscar, pues se creen ya en posesión de toda la verdad. Así piensan, y así se expresan. Pero, si les aplicamos la metodología de la sospecha de Roberto Alcover, antes citado, descubriremos que se comportan así, porque la identidad del fundamentalista está asociada a los principios en los que tiene anclada su existencia, de suerte que todo lo que afecte a estos principios le afecta a su mismidad. La seguridad o inseguridad de los principios son la seguridad o inseguridad de la propia identidad personal. Sus reacciones agresivas se explican porque su identidad es una identidad amenazada, angustiada, llena de inseguridades; de ahí que se defina deslindándose de enemigos reales o supuestos, y adoptando ante ellos una actitud siempre agresiva.

PARA EL DIÁLOGO:

- **¿Estoy convencido –por haberlo pensado y experimentado– de lo que no pocos educadores han confesado: que sus alumnos han sido también sus maestros?**
- **¿Alguna vez he recapitado sobre si tengo y manifiesto actitudes dogmáticas, o, al contrario, me mueve siempre en el trato con los demás el liberalismo agustiniano, tal como éste está formulado en el conocido principio: «en lo esencial, necesario y cierto, unidad y firmeza; en lo dudoso, incierto y discutible, tolerancia y libertad; en todo y con todos, respeto y caridad?»**
- **¿Ejercer la autoridad más por el poder que tengo que por el servicio que presto?**

EL AMOR/AMISTAD, MOTIVADOR DE LA EDUCACIÓN

Si el maestro humano es un servidor del Maestro, y quiere de verdad seguir sus pasos, debe intentar servir como el Señor sirvió y mandó servir: con amor. El principio básico de la pedagogía agustiniana es que «el amor ha de ser el motivador de la educación» (*La Catequesis a principiantes* 4,8; *Las costumbres de la Iglesia católica* 1,28). Partiendo de que «la educación es un trabajo de amor» (*La bondad de la viudez* 21,2), se llega a la conclusión de que

«la enseñanza y la educación que no viene motivada por el amor, desprestigia a la persona del educador y no beneficia a los educandos» (*La Catequesis a principiantes* 4,8), puesto que únicamente «el amor es el instrumento imprescindible para lograr una completa formación» (*Las costumbres de la Iglesia católica* 1,58,2). Hasta tal punto el amor, traducido a amistad agustiniana, es el eje de esta educación, que esta escuela tiene por lema «a la ciencia/conocimiento por el amor/amistad». Asumir conscientemente este principio pedagógico comporta el traducir en la acción educativa el máximo mandamiento cristiano de la caridad. La amistad agustiniana, al moverse en la órbita del «*ágape*» cristiano, debe crear y alimentar mentes y corazones de espíritu universal, compasivo y solidario.

Es evidente que esta teoría educativa sólo puede aplicarse en una educación llevada a cabo por agentes con vocación educativa. Para que pueda darse una acción educadora en plenitud, se requiere que vayan unidas en el educador vocación y profesión.

Por la profesión informa (*in-ducere*) e instruye (*in-struere*), es decir, imparte y ordena conocimientos y saberes. Por la vocación, en cambio, educa (*e-ducere*),

esto es, desarrolla y perfecciona a la persona. Con la profesión, se alimenta al entendimiento, abasteciéndolo de conocimientos; con la vocación, se alimenta a la personalidad, promoviendo el desarrollo y ejercicio de las aptitudes y facultades humanas. Sólo de la acción conjuntada puede salir el producto de la educación integral. Por eso, Agustín no concibe la profesión educativa sin vocación. Los meros profesionales suelen formar el grupo de los mercenarios, aquellos de los que dice el santo: «muchos enseñan la verdad sin convicción ni honestidad, por la simple recompensa de los beneficios de este mundo» (*La Catequesis a principiantes* 11,16). Sólo los «hombre-fuente», no los «hombres-talega» (*Sermón* 101, 6), «cumplen su misión con entrega y alegría» (*La Catequesis a principiantes* 2,4). ¡La alegría del educador! Es tal la importancia que Agustín le da, que le lleva hasta formular un mandato: «enseña con alegría. La tristeza ensombrece el ambiente y marchita el frescor de las palabras» (*La Catequesis a principiantes* 10,14).

Ejercer la función de maestro con alegría, no significa transigir en el aula con la indisciplina. La disciplina es un factor esencial de calidad en toda buena educación. Su ausencia conduce a la situación anárquica de la anomia. Su presencia, aparte de proteger la labor educativa, prepara al educando para el gobierno de sí mismo y para asumir la libre

responsabilidad extraescolar. Por eso, todo buen educador no debe dejar de hacer «observar e imponer la disciplina» (*Comentarios a los Salmos* 50,24); es más, «si no la impone, cuando debe, es un cruel» (*Sermón* 13,8,9). Cuando es necesario imponerla, el maestro en su actuación «no debe preocuparse tanto de la dureza como del amor para con los alumnos» (*La utilidad del ayuno* 9), pues «es mejor amar con severidad que engañar con suavidad» (*Carta* 93,2,4). Además, «el amor quita la aspereza de los preceptos» (*Sermón* 96,1).

Aunar amor y alegría en el ejercicio de la labor educativa como factores básicos de calidad y de eficacia educativa, le recuerda a uno aquel pensamiento de J. W. Goethe, quien, muchos años después de Agustín, llegó a escribir que «*alegría y amor son las alas para las grandes empresas*».

ACTITUDES DEL EDUCADOR AGUSTINIANO ANTE EL JOVEN/EDUCANDO

Como decíamos al comienzo de estas reflexiones, la principal contribución de la pedagogía agustiniana al mundo

de la educación, son las actitudes que su pensamiento genera en el educador respecto al educando.

La importancia de las actitudes radica en que son traducción de las identidades, pues, a través de ellas, se estructuran los sistemas de valoración. Ellas constituyen, de hecho, la estructura básica del comportamiento humano, rigiendo la conducta cotidiana. En nuestro caso, la actitud sería esa determinada manera o modo constante y persistente de relacionarse el educador con el educando, característico de la pedagogía agustiniana, conocido como estilo agustiniano de educación.

Con las actitudes, a diferencia de las aptitudes, no nacemos, las aprendemos. Ellas son la expresión, traducción y proyección a la vida real de los valores asumidos. Porque son resultado de una adquisición y, por tanto, de la educación, no está de más el explicitar sus características. Todos los autores coinciden en señalar que las actitudes se aprenden y, por tanto, pueden modificarse; poseen características tanto conativas como cognoscitivas; son orientaciones mentales perdurables; predisponen a obrar de una manera determinada.

Pues bien, desde la perspectiva y vivencia de la identidad agustiniana, voy a intentar enumerar y describir brevemente un decálogo de pautas o

actitudes de las que –a nuestro entender– debe arrancar o dimanar el trato del educador agustiniano con los educandos y, en general, el trato del educador y adulto –porque toda acción del adulto ante el joven debe ser educadora– con los jóvenes. En realidad, si se piensan, son variantes actitudinales de una y misma actitud fundamental. O, si se prefiere, son concreciones o parcializaciones de una opción fundamental en distintos ámbitos de verificación.

No puede negarse que el trato de los educadores con los jóvenes/educandos viene dado, en gran medida, por la propia biografía o identidad de los protagonistas. Un antiguo principio dice que nuestra acción –el modo de actuar y de relacionarnos– viene condicionada por el modo nuestro de ser. Según este principio habría que adquirir *una correcta-manera-determinada-de-ser*, para que de ella brotara espontáneamente una *manera-acertada-de-relacionarnos-con-los demás*, en nuestro caso, con los jóvenes, sean éstos alumnos o no.

Pienso que una acertada regla a emplear en el trato con las personas en general, y con los jóvenes muy en especial, tanto en el ámbito personal como grupal o comunitario, es un famoso adagio atribuido a san Agustín –sobre el que surgen y se apoyan estos pensamientos–, que podríamos formularlo libremente así: «*en lo*

necesario y cierto –que es muy poco–, *unidad y firmeza; en lo dudoso, incierto y discutible* –que es lo más–, *tolerancia y libertad; en todo y con todos, siempre respeto y caridad*». Fragmentada esta norma general de vida en algunas de sus múltiples variaciones, daría origen a las siguientes pautas de comportamiento en la relación con el otro, en nuestro caso en la relación o trato del educador con el joven, sea éste o no su educando.

La raíz de la que debe dimanar la manera de tratar al joven/educando, debe ser el «amor». Si el amor debe ser el impulsor de nuestro trato con el educando, nunca hay que olvidar que el amor es paciente, comprensivo y servicial. Esto supone la disponibilidad a servir y la acogida incondicional al joven, presupuestos que conllevan el estar siempre dispuesto a «perder el tiempo» con ellos.

Una actitud ante el otro, que arranca de un impulso de aprecio, estima y afecto, hará que el trato o encuentro con el joven/educando se desarrolle en un clima/ambiente de abierta y cordial «amistad», condición indispensable ésta para despertar confianza y, así, poder compartir gozos y penas, preguntas y respuestas. No hay que olvidar que la «confidencia» se inspira y apoya en la «confianza», que es fe en la veracidad y fidelidad del otro.

«Nuestro mundo, para vivirlo, amar, santificarnos, no nos viene dado por los eventos de la historia o por los fenómenos de la Naturaleza; nos viene dado por la existencia de esos inauditos centros de alteridad que son los rostros, rostros para mirar, para respetar, para acariciar»

(ITALO MANZINI, *Tornino i volti*, citado en Humberto Eco y Carlo María Martini, *¿En qué creen los que no creen?*, pp. 47-48).

El medio más idóneo para educar es el «encuentro personal». Para realizar, por eso, una eficiente tarea formadora, es preciso mantener frecuentes encuentros personales con el joven/educando. Para lograr provocar un encuentro personal fructífero, es necesario que el educando nos perciba como «personas acogedoras», receptivas a las sugerencias, y siempre dispuestas a responder con sinceridad y entrega a la llamada del joven. No está mal recordar que «*el encuentro es más útil que el juicio; el diálogo más eficaz que el consejo; la escucha más incisiva que la crítica; el ejemplo más elocuente que la palabra*» (F. Montuschi).

Si nos reconocemos en la propia raíz y somos de verdad conscientes de que «*nada de lo humano nos es ajeno*», procuraremos mantener siempre en

nuestro trato con el joven/educando una «**actitud empática**», esa que nos lleva a ponernos en la situación que afecta al otro, para así captar y compartir los problemas y las preocupaciones que el educando tiene y siente, tal como él las piensa y siente, para de ese modo poder afrontar su situación y orientarlos no desde *fuera*, sino desde *dentro* de ellos mismos y *con* ellos mismos.

El medio o método más apropiado y eficaz para transmitir valores y saberes, y, con más razón, para «formar hombres» siempre ha sido el «diálogo» abierto, sincero y en un plano de igualdad. Este encuentro amigable con nuestros educandos debe procurar no tanto ofrecer verdades y valores, como despertar en ellos la inquietud por la búsqueda del valor y de la verdad. Sólo podemos compartir con nuestros educandos esa búsqueda y respuesta, si estamos convencidos de que, como diría san Agustín, «la verdad no es mía ni tuya, sino patrimonio de todos» (cf. *Comentarios a los Salmos* 103,2). Quiero con esto decir que debemos evitar en el trato con nuestros jóvenes educandos el ser impositivos y dogmáticos. Nuestro trato debe responder al mensaje de los conocidos versos de Machado:

**¿Tu verdad? No, la verdad,
y ven conmigo a buscarla.
La tuya, guárdatela.**

No ser impositivo y dogmático no significa renunciar a exigir al joven/educando la búsqueda de la «excelencia» en todas las posibles manifestaciones de la vida colegial y social. Sí implica, en cambio, la renuncia a toda pretensión de infalibilidad y de irrevocabilidad en las propias convicciones y decisiones.

En este compartir con el joven/educando la búsqueda del valor y de la verdad, como compañero y amigo y en plan de igual, hay que poner sumo cuidado en «**respetar la diferencia**» y la autonomía del otro, tal como sugieren los versos también de Antonio Machado:

**Enseña el Cristo:
a tu prójimo
amarás como a ti mismo
mas nunca olvides que es otro.**

Este principio de respeto a la diferencia, exige también al interlocutor/educando el reconocer y acatar la autoridad –que no autoritarismo–, de la que, quien en ella está constituido, nunca debe abdicar.

Si hemos de atenernos a la idiosincrasia de la juventud actual, en nuestro empeño por educar, por encima de predicar ortodoxias, debemos proyectar ortopraxis. Transmitir nuestra misión a través de nuestro «**testimonio de vida**»; es decir, siendo una persona creíble por la coherencia de nuestra manera de estar, nuestra forma de vivir y nuestro modo de pensar en relación con los valores que intentamos transmitir.

A pesar de ser la nuestra una misión presa fácil al desaliento –a la que hay que responder todos los días con una fe y esperanza renovadas–, debemos transmitir al joven/educando una sensación de «**querer al joven**» a pesar de todo. Lo que no se aviene con una actitud de indiferencia hacia el joven y sus problemas, ni tampoco con la de ofrecer a los jóvenes de hoy propuestas y respuestas de ayer.

Hay que rechazar todo posible asomo de pesimismo y tener una «**estimación positiva**» del joven; es decir, hay que luchar por ser optimistas y motivadores de las conductas de nuestros educandos, apelando en nuestra relación con ellos a procedimientos y motivaciones que se dirijan más directamente a la libertad, la autoestima y la autoexigencia que al castigo y al miedo.

Pensando que el destino de todo hombre es la convivencia o vida en sociedad/comunidad –animal político/sociable, ha sido definido–, un rasgo fundamental de la filosofía educativa agustiniana es su orientación a inculcar en los jóvenes/educandos un profundo **espíritu de convivencia y solidaridad**, para que del centro educativo esa «convivencialidad» y «solidaridad» sean trasladadas a la sociedad.

Puede pensarse que este decálogo es una utopía, y, como utopía, una meta inalcanzable, por aquello de que entre

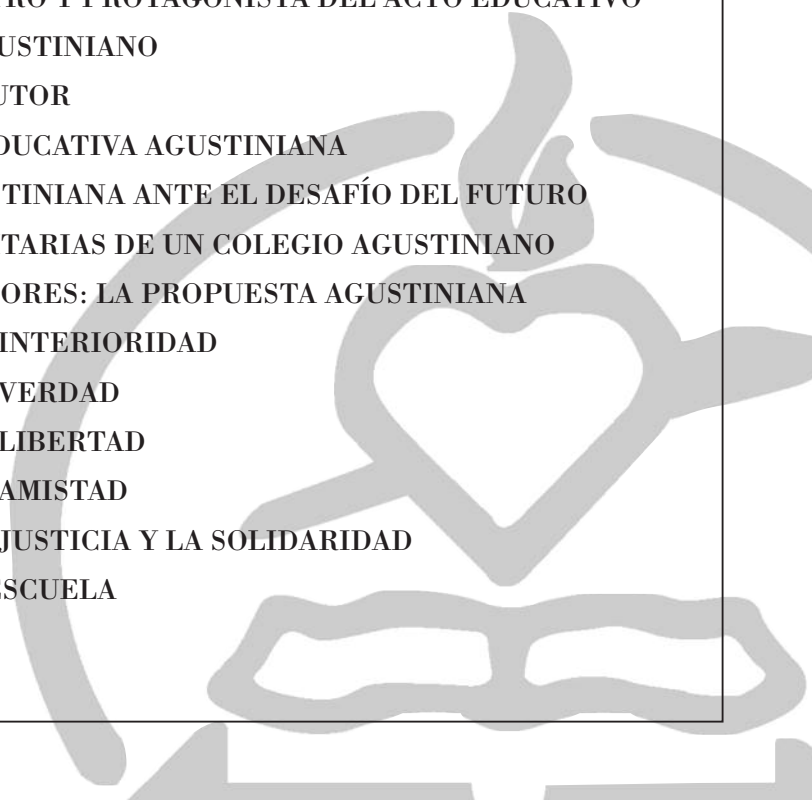
utopía y realidad siempre hay un largo trecho de separación y lejanía. Pero, como utopía, estos principios señalan un horizonte hacia el que poder dirigir siempre la mirada, para poder mantener la profesión/vocación en una situación de permanente superación.

PARA EL DIÁLOGO:

- **¿La apatía de los alumnos me ha llevado alguna vez a pensar en la propia falta de interés e inquietud por mejorar mi vida y adquirir cada día más ciencia y sabiduría?**
- **¿En las motivaciones que utilizo con mis alumnos, apelo a la libertad y la autoestima más que al castigo y al miedo del alumno?**
- **¿Cuándo dialogo con mis alumnos, trato de ponerme en su propia situación y circunstancia, para, así, captar y compartir los problemas y preocupaciones que el alumno tiene, tal como él los piensa y siente, para de esa manera poder afrontar su situación desde y con ellos mismos?**
- **¿En mi trato con los alumnos, les ofrezco la confianza suficiente, como para establecer con ellos un auténtico diálogo en abierta y cordial amistad?**
- **¿En tu ámbito educativo, qué actitudes, de las aquí mencionadas, deseas que primen, y cuáles echas más de menos?**

TESTIGOS EN LA ESCUELA

PROGRAMA DE FORMACIÓN PARA EDUCADORES AGUSTINIANOS

1. SAN AGUSTÍN CONTEMPORÁNEO
 2. SAN AGUSTÍN, PENSADOR Y SANTO
 3. LOS NUEVOS HORIZONTES DE LA EDUCACIÓN
 4. EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN
 5. PENSANDO EN LA EDUCACIÓN AGUSTINIANA
 6. PERFIL DE UNA PEDAGOGÍA AGUSTINIANA
 7. HACIA UNA METODOLOGÍA AGUSTINIANA
 8. EL IDEARIO O CARÁCTER PROPIO DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 9. PSICOLOGÍA DE LAS RELACIONES PERSONALES
 10. EL ALUMNO, CENTRO Y PROTAGONISTA DEL ACTO EDUCATIVO
 11. EL EDUCADOR AGUSTINIANO
 12. LA FIGURA DEL TUTOR
 13. LA COMUNIDAD EDUCATIVA AGUSTINIANA
 14. LA ESCUELA AGUSTINIANA ANTE EL DESAFÍO DEL FUTURO
 15. OPCIONES PRIORITARIAS DE UN COLEGIO AGUSTINIANO
 16. EDUCACIÓN Y VALORES: LA PROPUESTA AGUSTINIANA
 17. EDUCAR PARA LA INTERIORIDAD
 18. EDUCAR PARA LA VERDAD
 19. EDUCAR PARA LA LIBERTAD
 20. EDUCAR PARA LA AMISTAD
 21. EDUCAR PARA LA JUSTICIA Y LA SOLIDARIDAD
 22. TESTIGOS EN LA ESCUELA
- 

Cuadernos 